

El liberalismo viable Cuando el referente es la libertad

Eugenio D'Medina Lora

Probablemente, nada ha hecho tanto daño a la causa liberal como la rígida insistencia de algunos liberales en ciertas toscas reglas rutinarias, sobre todo en el principio del laissez-faire.

Friedrich A. Hayek¹

La reacción “antisistema” y el Caballo de Troya

La sombra del totalitarismo socialista, en cualquiera de sus versiones —“socialismo del siglo XXI”, “nacionalismo”, “democracia popular”, etcétera—, hace de los actuales procesos políticos en América Latina un hito clave en la historia del continente. Sucedió en la Alemania posterior a la Gran Guerra que dio a luz a Hitler. También en la Cuba de Batista, que produjo a Castro. Después, en la Venezuela del populismo alternado de izquierdas y derechas, que hizo nacer políticamente a Hugo Chávez, o en la confrontación entre naciones criollas e indígenas que produjeron a Evo Morales, Rafael Correa y Daniel Ortega. Hasta ahora.

En todas estas experiencias, el detonante fue el mismo: la rabia contra un sistema que excluyó a amplios bolsones de ciudadanos. La indignación ante la indolencia, la exclusión, la corrupción y la frivolidad —¡cuánto ha colaborado la clase política y los sucesivos gobiernos latinoamericanos en estos rubros!— es la reacción inmediata, casi propia del acto reflejo. Peor aún cuando la prensa y los propios políticos, que hoy se horrorizan con estos nuevos totalitarios de raigambre democrática, fueron los que cantaron a los cuatro vientos que los presidentes constitucionales anteriores eran corruptos, incompetentes, autoritarios y delincuentes.

Este envenenamiento masoquista, unido, de un lado, a la actitud excluyente de castas que no supieron dirigir el desarrollo y, de otro, al proceso “educativo” que padecemos desde hace décadas por cortesía de los verdaderos propietarios de la educación pública, que en Latinoamérica siempre están vinculados a grupos socialistas, han producido una cultura del desprecio por la vida, la libertad, la propiedad, los valores cívicos, el estado de derecho y la democracia liberal, no basada en la prepotente aritmética del mayor número sino en la subordinación a la ley.

A estos elementos estructurales hoy se suma el condimento de la crisis económica mundial, que viene siendo muy bien aprovechado por las fuerzas reaccionarias de los defensores del estatismo a ultranza y que creen ver en ella al similar de la caída del Muro de Berlín, en su equivalente liberal a ese símbolo de la derrota del comunismo como doctrina a nivel mundial. De poco o nada sirve explicar una y otra vez que la causa primigenia de la crisis fue, precisamente, la intervención de los mercados de créditos y la populista política de tasas de interés artificialmente bajas y de “hipotecas sociales” que produjeron la burbuja de una pseudo-bonanza para aplacar los temores de las crisis de finales de los noventa, en lo económico, y de inicios de los dos mil, en lo político, esta última relacionada con los ataques de Nueva York y Washington D.C. contra el World Trade Center y el Pentágono, respectivamente. Nada de esto importa cuando la guerra mediática la ganan los socialistas de todos los colores, incluyendo a los infaltables e inefables “moderados”, que ya celebran la resurrección del keynesianismo mas rancio, cuando no del marxismo más recalcitrante.

Por eso no debe sorprender que un candidato, de cualquier país latinoamericano, se pueda hacer popular a base de vilipendiar los soportes del republicanismo, de las

¹ Hayek, Friedrich, *Camino de servidumbre*, Alianza Editorial, Madrid, 2006 [1944], pág. 47.

democracias liberales y, en general, de los principios de la propia tradición occidental. Ahí están los López Obrador, Morales, Correa, Humala, Ortega, Chávez y Castro. Entretanto, los socialistas autodenominados “moderados” o “democráticos”, que defendieron por décadas el discurso del despojo, es decir, el que enseña que la pobreza se debe al éxito de otros, que el desarrollo es un juego de suma cero donde el mundo se divide entre centros ganadores y periferias perdedoras, hoy se rasgan las vestiduras con el discurso de los nuevos populistas de talante totalitario, pretenden desmarcarse e incluso se atreven a calificarlos de “antidemocráticos”. Cuando en el fondo ellos sólo expresan en alta voz lo que la élite intelectual socialista latinoamericana, autodenominada ahora como “moderada”, predicó por décadas.

Es sabido, en los círculos medianamente informados, que estos proyectos políticos que prometen que se acabará la pobreza por decreto, incluyendo el expediente de las nuevas constituciones a medida del gobernante de turno y las reelecciones indefinidas, buscan camuflar proyectos de claro talante totalitario y personalista, cuyo común denominador es su perpetuación. El intercambio es simple: algunas prebendas populistas a cambio de hacer que la gente mire a otro lado, se desentienda y los deje perpetuarse. Pero ¿será tan obvio, para las mayorías pobres, la dudosa ética de tales proyectos políticos? Seguro que no. Porque lo que ven es el Caballo de Troya, el regalo grandioso de las “patrias nuevas” y de las “segundas, terceras, enésimas repúblicas”, sobre la base de un “nacionalismo reivindicador”, que convertirá a la gran masa de pobres en ricos, como por arte de magia.

El hecho es que para esa población de pobres, incluyendo a los pobres extremos, ese caballo se ve enorme. Más aún cuando los cálculos económicos objetivos establecen que, inclusive si los países de América Latina siguieran creciendo a las tasas anuales de las últimas tres décadas, se necesitarían similar número de otras décadas para reducir, cuanto menos a la mitad, el actual porcentaje de pobres. Un escenario que ya era muy optimista de imaginar hasta hace pocos años y que ahora, en pleno contexto de crisis global, se hace ya utópico. Ni que hablar de lo que habrá que decirles a esa otra mitad que tendría que esperar quizás otros veinte o treinta años más para pasar de pobres a clase media. ¡Toda una vida! Y quizá más.

La gente que menos tiene se compra la idea, porque es, acaso, lo único que puede comprar. No importa que los principales voceros de los autodenominados “partidos de los pobres” sean todos pertenecientes a niveles socioeconómicos altos o cercanos a los altos, muy bien educados y con apellidos rimbombantes. Ni que sus mensajes “reivindicativos”, que van desde lo étnico pro-indigenista hasta lo antiyanqui, sean pronunciados solamente por voceros representantes de las clases a las que presuntamente oponen ese mismo mensaje. La gente más desposeída quiere creer en algo. Quiere tener una esperanza.

Las disquisiciones y elucubraciones sobre la democracia, la libertad, el estado de derecho, la igualdad ante la ley, la geopolítica, las estrategias de desarrollo, la defensa de un sistema de convivencia social, la eficiencia de la economía de mercado y un largo etcétera, aparecen tan esotéricos para estos desposeídos como la física cuántica, el genoma humano o la economía espacial. Para ellos importa sólo si quien está dando un discurso les ofrece un mensaje con suficiente dosis de esperanza que les haga tener ganas de amanecer al día siguiente y levantarse de la cama. Y no se les puede ni se les debe culpar. De estos bolsones poblacionales de pobreza dura se aprovechan, y siempre se han aprovechado, los populistas de turno en América Latina. De ellos viven. De su ingenuidad pero especialmente de su desconocimiento y su desesperación. Pero también esto ha sido así por la ausencia de contrapesos imaginativos en el terreno de las ideas. Esa es la verdad.

Tan lamentable como lo anterior, o quizá más, es que ese Caballo de Troya también está entrando en algunas de las “ciudadelas liberales”. Se asiste así al triste espectáculo de algunos liberales que, agobiados por la marejada del socialismo duro e irresponsable, terminan refugiándose en el autoengaño de considerar como buenos estadistas a gobernantes que se autoproclaman socialistas, izquierdistas, “progresistas”, que hasta hace pocas décadas representaban a partidos que llevaron a sus países al holocausto financiero, social y político, o que incluso lo hicieron personalmente en anteriores administraciones. No es difícil encontrar ejemplos.

La realidad marca que el liberalismo anda “jugando al muertito”, conformándose con que las cosas no empeoren, en algunos casos, y en otros consolándose con que no podrían empeorar más. Pero el Caballo de Troya que se viene en la próxima década es tanto o más grande que el que ya se infiltró en la presente. Pensar que va a detenerse porque coyunturalmente pueda reventar la burbuja petrolera y los precios del crudo se desplomen por épocas, es no comprender la dimensión del problema. Y hay sitio para más. Por ejemplo, bajo la fachada de estos regímenes que luchan presuntamente “por el pueblo”, lo que se logra es engrosar las burocracias estatales con el “ejército de reserva” de los voraces y conspicuos apetentes de los empleos públicos, incluyendo a los que se abalanzarán sobre los cargos de las empresas en las que el nuevo Estado socialista intervendrá apenas capturen el poder, en los países que aún les falta tomar. Y esto retroalimentará hordas clientelistas dispuestas a todo con tal de acceder a los privilegios del regazo estatal.

La urgencia de la respuesta liberal

¿Qué podría marcar un rumbo diferente? ¿Qué puede ser realmente progresista y revolucionario en una época en que, probadamente, la ineficiente manera en que se canaliza la intervención del Estado en los asuntos de la sociedad ha demostrado su ineficacia para lidiar con el atraso, la pauperización, la postración y el subdesarrollo? Quizás hay que pecar de exceso de optimismo, o de ingenuidad, para pensar que las alternativas políticas tradicionales puedan articular una oferta que plantee soluciones efectivas alguna vez y en plazos razonablemente cortos.

La desesperanza creada tiene sus culpables. Pero a pesar de todo esto, la rabia no es un buen aliado, pues, aun justificada, puede originar salidas que empeoren la situación. Recuérdese el caso del Perú, donde los que votaron contra Vargas Llosa en 1990, por pura rabia, fueron los mismos que después, también por rabia, se deshicieron de Fujimori, después de que éste les solucionara los problemas que no fueron capaces de afrontar. Por rabia mueren todos los días personas asesinadas, aunque después los criminales lloren su arrepentimiento. Por rabia nos podemos poner la soga... o la bota en el cuello. Podemos convertir a cualquier país, por esa misma rabia, en la Cuba de las últimas cuatro décadas, o en la Venezuela, la Bolivia o el Ecuador de estos días. Y no habrá vuelta atrás, en décadas.

No hay tiempo ni posibilidad de ponerse de costado si uno está disconforme con estas visiones, que animan en Latinoamérica no sólo a muchos votantes sino también a la gran masa de intelectuales de la política, gran parte de ellos conformando clanes enclavados en las principales universidades públicas y privadas. Vale la pena, entonces, repensar el tamaño del desafío y preguntarse si se está a la altura de él, desde la orilla liberal, cualquiera que sea la definición de liberalismo que se quiera adoptar.

Los economistas, a menudo, están acostumbrados a manejarse en escenarios de “segundo mejor”, es decir, situaciones en las que, ante la imposibilidad de lograr un óptimo, inmediatamente eligen la siguiente mejor opción, pues la vacilación puede producir algo que deje ser un tercero, cuarto o quinto óptimo para volverse verdadera calamidad. Los liberales deberían aceptar el desafío de los socialistas fundamentalistas encubiertos de siempre, a despecho de su violencia y su prepotencia. Y hacerlo de frente, sin posiciones de

arrogancia intelectual, diferenciándose de algunos socialistas que se sienten “más allá del bien y del mal”, aunque saben que su ideología de la lucha de clases es “la madre de las ideologías” de la violencia que los cobija a ellos mismos y a los nuevos caudillos socialistas latinoamericanos. Invocar purismos ideológicos y fomentar las fracturas, es hacerle el juego a la consolidación del neo-socialismo en América Latina.

Es interesante constatar que, a pesar de todos los escollos, la respuesta liberal a estos desafíos de postración, puede y debe ser esgrimida y defendida con verdadera convicción por sus auténticos militantes. Mario Vargas Llosa, por ejemplo, llama la atención de que, a pesar de los grandes matices que posee la doctrina liberal, el liberalismo sólo se entiende inequívocamente como “el sistema que garantiza las menores formas de injusticia, que produce mayor progreso material y cultural, que más ataja la violencia y el que respeta más los derechos humanos”,² con lo que extiende ese concepto del progreso más allá del ámbito de la riqueza material para abarcar las mejoras en desarrollo cultural, seguridad personal y ciudadana, la paz y el respeto a los derechos humanos, a lo cual se puede añadir, qué duda cabe, en este mismo talante que propugna Vargas Llosa, el respeto al medio ambiente.³ ¿Qué puede ofrecer una mejor respuesta a los problemas que hoy aquejan a nuestras sociedades latinoamericanas? ¿Qué puede ser más claro, a la luz de las evidencias de la historia?

No es muy difícil constatar que mucha gente es liberal sin saberlo: en su comportamiento, en su *modus vivendi*, en su visión del mundo. Pero “lo liberal” tiende a espantar a muchos que incluso simpatizan con las ideas liberales. Por tanto, hay que enseñarles a saberlo formalmente, porque en la práctica, ya lo conocen. Lamentablemente, en la práctica la respuesta liberal latinoamericana se ha inhibido consistentemente de constituirse en la primera línea del frente de la lucha contra la pobreza, contra la depredación y contra la discriminación. En vez de eso, ha pecado de débil, utópica y torpe. El liberalismo ha sido infiltrado, en muchos casos, del anarquismo capitalista o del conservadurismo rancio, dando por resultado que muchos que se presentan como “liberales” actúan de modo similar, postulando una presunta pureza intelectual que no aterriza en políticas públicas viables, porque su fundamentalismo los ha alejado de las posibilidades de convertirse en alternativa de gobierno real, tanto como a los socialistas recalcitrantes.

Incluso no pocos liberales confundidos, o que se autodenominan así, estarían más que dispuestos a votar por los más recalcitrantes representantes del socialismo extremo, o a apoyar causas desestabilizadoras “del sistema”, porque creen, en medio de su ingenuidad, que así podrán desarrollar mejor su oposición doctrinaria en un futuro. No comprenden que con un “clon político” de Chávez instalado en cualquiera de los países del hemisferio, ya no habrá futuro al que oponerse con las ideas, sino únicamente patrias que recuperar para los que amen los valores de la convivencia social que constituyen el soporte de las actuales repúblicas, con todos sus defectos. Sin importar las doctrinas sino sólo los corazones, el valor y el temperamento.

Acaso sea esta una magnífica oportunidad histórica para trazar la línea final y definir quienes están con una u otra concepción de convivencia social para los países latinoamericanos. Este proceso ya no está planteando sólo una decisión sobre un presidente en determinada elección, sino sobre una visión de la forma de estructurar las relaciones Estado-sociedad. Entre las que fundamentaron las naciones latinoamericanas sobre la base de principios de libertad individual, igualdad ante las leyes y progreso material, desde los albores de la Independencia, que, sin duda, debe continuar mejorándose para

² Vargas Llosa, Mario, *Confesiones de un liberal*, discurso pronunciado en Washington, D.C., el 2 de marzo de 2005, al recibir el premio Irving Kristol del Instituto American Enterprise.

³ Véase Liberal International, *Helsinki Declaration on the Environment 1990*, Liberal International Congress, Finlandia, 1990.

hacer estos principios extensivos a las grandes mayorías del continente; y la que propone el neo-socialismo, sustentado en la idea de que el Estado deba ser el más importante motor del desarrollo, el poder multimillonario de los financiamientos de petrodólares, la coacción de las libertades, las leyes a medida y el verticalismo de los que se amparan en un Estado omnipotente e ilimitado.

Quizá sea bueno que hayan aparecido, sin caretas, los que quieren reemplazar a una por otra. Los liberales deben recoger el guante, aceptar el reto, ponerse al frente. Posiblemente entonces, asumiendo el desafío de emprender el cambio cultural, sean capaces de alejar el discurso populachero y las actitudes frívolas excluyentes, para comenzar a construir países serios, sostenidos en los valores de la vida, la integridad, la libertad, la propiedad, el civismo, el estado de derecho y la democracia que construya progreso en vez de abuso y despojo. Y hacerlo desde un liberalismo que funcione y que por lo mismo, sea más factible y viable, antes que utópico y fundamentalista. Quizá puedan hacerlo.

La praxis política de los liberales

Pero toda respuesta real y efectiva a este desafío requiere dejar la indolencia y la apatía y atravesar aceleradamente por el proceso de construir algunas sinergias institucionales que les permita avanzar en cada una de las realidades nacionales de Latinoamérica, a través de pasos concretos con los que logren trascender desde la fina teoría hasta la práctica política que brinde soluciones observables, antes que proposiciones elegantemente teóricas.

¿Es esa práctica política inherente a la construcción de partidos liberales en América Latina? Definitivamente sí. No significa esto que tengan que denominarse necesariamente “liberales” para serlo. Lo importante es que su contenido doctrinario sea liberal y percibido como tal, pues el liberalismo sólo se construye con marca de clase. Insertarlo en otros programas ideológicos es útil para las políticas públicas en el corto plazo, pero resulta poco valioso para el sostenimiento de la doctrina en el largo plazo, que a su vez da coherencia a las políticas públicas de largo plazo. Un sostenimiento que se constituya en dique de contención de las arremetidas de la marea colectivista que cada tanto golpea las playas del desarrollo sostenido en América Latina y que en la actualidad se perfila como un ataque estructurado desde el socialismo hegemónico en el continente, en todas sus variantes y matices. Socialismo que llega incluso a la abierta y oficial apología de grupos terroristas, mientras las variantes presuntamente menos radicales, consideradas “moderadas” o “responsables”, no condenan ni deslindan con claridad y energía.

Ese sustento doctrinal de largo plazo, necesario para contener este avance del socialismo latinoamericano, requiere de una acción política también sostenida y debidamente posicionada en el espectro político de nuestros países, a través de los partidos políticos. El hecho de que algunos gobiernos socialistas de la región hayan cosechado ciertos éxitos debido a elementos de liberalismo económico que insertaron en sus políticas públicas –por ejemplo, Chile en los setenta, Argentina y Perú en los noventa–, en algún momento pudo haber sido suficiente para avanzar hacia reformas necesarias para torcer la ruta del descalabro. Sin embargo, en presencia de la reciente sumatoria de elementos como el “chavismo”, combinado con el terrorismo y el neo-armamentismo promovido en la región desde el autodenominado “socialismo del siglo XXI” –que en realidad es el socialismo de siempre– vuelve insuficiente la receta de un liberalismo que se limite a infiltrarse en las políticas de gobiernos de izquierdas y derechas. Se hace indispensable pasar a la acción política con personería propia.

Situar la acción política en el terreno de los partidos, en un sistema democrático, implica aceptar, primero, que los partidos son organizaciones cuyo fin fundamental es alcanzar el poder y ejercer funciones de gobierno, lo cual, en sistemas democráticos, implica ganar elecciones; y segundo, que el mensaje y la doctrina deben diseñarse para convocar la mayor cantidad posible de electores “duros” que sustenten votaciones

ganadoras. Lo segundo se hace imprescindible para lo primero y lo primero se vuelve vital para la existencia de un partido político como tal. De esta manera, especial cuidado merece la construcción del mensaje.

Esa construcción, para ser real y consistente, debe estar basada en la consolidación de principios que aglutinen un mensaje uniforme, coherente y realista, pero también en un convencimiento profundo de que la crisis política dirigente en que ha devenido América Latina, con un elemento particularmente peligroso como el “social-imperialismo de Estado” que encarna hoy, nítidamente, Chávez y sus allegados ideológicos en otros gobiernos latinoamericanos, hace imprescindible actuar de manera decidida y participativa en el campo de la política activa, sin excluir la posibilidad de encontrar acuerdos programáticos con quienes, sin profesar la doctrina, comparten un anhelo genuino de construir sociedades donde existan oportunidades de desarrollo individual y social y en el que los latinoamericanos no sean extranjeros en sus propios países.

La práctica política exige capacidad de tender puentes estratégicos. Puentes a los que no se puede cerrar ningún proyecto viable de partido liberal que tenga verdadera opción de ganar una elección. Sin embargo, esos canales deben ser administrados tan pulcramente como sea posible, sin abandonar banderas fundamentales que alteren la naturaleza liberal de una propuesta. Caso distinto es el de trastocar los fundamentos mismos del liberalismo, como cuando se diluyen las fronteras demarcatorias con el anarquismo capitalista o cuando se pretende aligerar la tradicional distinción entre el manejo de los asuntos públicos y los asuntos religiosos. El afán por promover el ideario liberal no puede llevar a los liberales ni a confundir los preceptos liberales con los anarquistas ni a mezclarlos con los temas de la fe.

La distinción entre liberalismo y anarcocapitalismo merece un párrafo aparte. Pero aquí es importante precisar la diferenciación entre liberalismo y religión. Una de las conquistas fundamentales de la doctrina fue la separación del Estado con las iglesias, por lo cual el no-clericalismo –antes que el anti-clericalismo– es consecuentemente una marca de clase de la doctrina. Es altamente peligroso tomar esta clase de atajos, pues la confusión de lo político con lo confesional es algo, sencillamente, reñido con el alma liberal. Los liberales han de mantenerse críticos de los políticos que, aprovechando su posicionamiento en cuestiones de fe, en cualquier expresión religiosa, pretendan extrapolarlo a los asuntos públicos con evidentes intenciones de manipulación de las masas.

Es cierto que el socialismo ha avanzado mucho en la utilización abusiva y antiética de lo religioso en América Latina. Sin embargo, por respeto a su propia ética, los liberales tienen que ser leales y consistentes a su esencia, como defensores de una doctrina que acepte todo tipo de adeptos a un ideario político que acepte por igual a todos los creyentes de cualquier credo, sin pronunciarse sobre ellos, ni caer en el juego de la polémica con cualquier iglesia o agrupación religiosa. La praxis política liberal conviene confinarla, precisamente, dentro del ámbito de lo político. Lo que no significa que algunos de los puentes extendidos para fines de encontrar convergencias programáticas no puedan construirse con organizaciones afines de la sociedad civil, incluyendo desde luego las iglesias.

El gran bálsamo de fondo del antiliberalismo latinoamericano

Para avanzar en la construcción del mensaje apropiado de cualquier movimiento o partido liberal en América Latina, es conveniente empezar planteando una pregunta fundamental; ¿por qué ha sido tan vulnerable e inviable el liberalismo en América Latina y cómo fortalecerlo a corto y mediano plazo?

Hay muchos factores, tanto formales como estructurales. Pero una primera aproximación al análisis permitirá encontrar que existe un gran telón de fondo que explica por qué culturalmente ha existido, y existe, una actitud mental antiliberal en Latinoamérica,

a pesar de que el comportamiento individual pueda ser proclive a aceptar las ideas de la libertad sin el membrete de lo *liberal*.⁴ Este bálsamo de fondo está en las raíces históricas de América Latina, caracterizada por una historia del despojo, la cultura del privilegio por el acceso capturado al Estado y la exclusión con discriminación.

Las raíces históricas latinoamericanas, como bien constató Carlos Alberto Montaner, son raíces torcidas⁵ porque sientan la base de un sentimiento de despojos en cascada perpetrados durante siglos, más allá incluso de los cinco siglos que nos separan de la llegada de los europeos al continente americano. La cultura del arrebato injusto provino de las dos grandes vertientes culturales de los latinoamericanos, de lo indígena y de lo europeo. Si los españoles que llegaron a estas tierras incurrieron en prácticas sanguinarias para arrebatar oro y tierras a los nativos, lo hicieron convencidos de que era una praxis absolutamente moral para los estándares de la época, más aún teniendo en cuenta que provenían de un continente cuyos Estados nacientes se habían formado a base de las mismas prácticas. Por tanto no tuvieron escrúpulo en repetir el modelo. Pero, además, encontraron en el “nuevo mundo” sociedades entroncadas y poderosas constituidas también a base de la cultura del arrebato del poder estatal, lo cual explica por qué Pizarro y Cortés fueron entusiastamente ayudados por los pueblos autóctonos que habían sido sojuzgados previamente por incas y aztecas.

La cultura resultante de la fusión de lo español con lo autóctono tenía entonces que poseer el mismo elemento común, es decir, la noción de “moralidad” de toda acción desde el Estado sobre los individuos sólo derivada del hecho de que al provenir del Estado se convertía en moral. Por consecuencia lógica, el éxito social se configuró directamente por la cercanía al poder estatal, sea ejerciéndolo desde la tarea pública, sea influyéndolo desde los modos y prácticas cortesanas y mercantilistas. Dado que, especialmente en las sociedades más estructuradas, normalmente los que menos acceso al poder estatal eran los mestizos y los indios, el resultado fue “una historia en que la sociedad que se fue forjando, hecha de estos retazos étnicos escasamente integrados, no consiguió segregar un Estado en el que los intereses y los valores de la inmensa mayoría se vieran reflejados”, y que, al propio tiempo, “generó ciertas costumbres, actitudes y una particular visión económica reñidas con la creación y la conservación de las riquezas”, producto de “unos mecanismos represivos generadores de cierta mentalidad social refractaria al progreso que nunca pudimos superar del todo”.⁶

Esto ha constituido, en buena cuenta, una cultura social pro-asistencialista y, por tanto, anti-liberal. Pero, al mismo tiempo, ha producido una sociedad de desconfianza, precisamente el tipo de sociedad opuesta a la que Alain Periffefite identifica y describe como la que ha gatillado el desarrollo de los algunos países, creando lo que denomina la divergencia entre sociedades desarrolladas y subdesarrolladas.⁷ Confianza no solamente entre los miembros de determinadas sociedades, que construye un entramado social fuerte y consistente. También confianza en las potencialidades de que cada miembro de esa sociedad desarrolle al máximo sus capacidades creadoras configurando mercados libres, dentro del marco de una ley que se respete y se perciba como justa. Y por consecuencia de todo lo anterior, confianza en que el ente encargado de preservar lo que Hayek definía como “la esfera privada” de cada individuo, es decir, el Estado, sea capaz de encontrar límites adecuados a su acción, impidiéndole intromisiones más allá de esos mismos límites preestablecidos y conocidos con antelación.

⁴ Como en el caso de los pobres que se convierten en capitalistas emergentes precisamente a consecuencia de su incorporación a la economía de mercado, muchas veces con un origen en el fenómeno de la denominada “informalidad”.

⁵ Montaner, Carlos Alberto, *Las raíces torcidas de América Latina*, Plaza Janés, Barcelona, 2001.

⁶ *Ibid.*, pág. 13.

⁷ Periffefite, Alain, *La sociedad de confianza*, Andrés Bello Editores, México, 1996.

¿Qué han hecho los latinoamericanos para construir capital social, es decir, entramado social que sustente esa confianza? Poco y nada. Si la historia latinoamericana tiene algo en común ha sido precisamente que sus élites han vivido a espaldas de sus naciones, mirando a ultramar primero, al norte después, sin ocultar, no pocas veces, su desprecio por sus raíces. El resultado ha sido la incredulidad ante todo. La historia que nació con raíces torcidas jamás se volvió a torcer, con posiblemente las únicas excepciones parciales de Chile, Costa Rica y, en algo, Brasil, para enderezarla hacia procesos de desarrollo que admitieran la confianza como parte de su ecuación. Esta es una asignatura pendiente que cualquier proyecto liberal latinoamericano tiene que cubrir en este siglo si quiere ser consistente y crecer en el tiempo.

Los factores de forma de la inviabilidad

Un siguiente nivel de acercamiento a la problemática de la inviabilidad es analizar los factores que podemos definir como formales. Entre algunos factores de forma, pueden identificarse la construcción del mensaje equivocado, la inexistente estrategia de comunicación, la incapacidad de establecer una suerte de simbiosis entre los hechos empíricos de las realidades latinoamericanas y la doctrina liberal y, finalmente, la incapacidad de trabajar en equipo entre los propios liberales y construir plataformas programática plausibles, factibles y asimilables por el gran electorado.

La constitución del mensaje liberal ha tendido a ser ahuyentador en vez de atrayente. Exclusivo, antes que no inclusivo. Y muchas veces, a pesar del pretendido rompimiento con la hegemonía de un statu quo liderado por los grandes aparatos estatales, ha terminado por volverse más conservador que revolucionario, entendido como proponente de cambios radicales en las formas de hacer política, en las estructuras político-jurídicas y en los resultados económicos que se reflejen en mayores posibilidades de progreso, y menos niveles de pobreza, de los grandes bolsones de postergados de América Latina. El entusiasmo o la desesperación por acelerar cambios y establecer distinciones doctrinarias ha llevado a trazar líneas divisorias radicales en el discurso que han terminado, unas veces, por desanimar afiliaciones y desincentivar intentos de conformación de alternativas liberales, y muchas otras veces por minar el alma misma de la ideología liberal acercando los contenidos ideológicos hacia utópicas visiones anarquistas que no resisten contrapesos con la realidad de la práctica política.

En esta línea de ideas, se debe ser prudente y serio en la elaboración de propuestas que den contenido a este mensaje. Vemos como ejemplo de la inmadurez y la improvisación el caso reciente de Rafael Correa, que estuvo a punto de desatar una guerra en el continente. O el caso de Evo Morales, que parece repudiar hoy los métodos de expresión de rechazo, de buena parte de los bolivianos, hacia su gobierno y su nueva constitución de multi-ciudadanías, olvidando que él mismo usó la desestabilización política de la calle para derribar no uno sino dos gobiernos democráticos. O el caso del Alan García de los ochenta, que desató el descalabro peruano por sus apresuramientos extremistas inspirados en el viejo velasquismo que hoy, otro aspirante a aprendiz de Castro y Chávez, Ollanta Humala, pretende revivir en el Perú cuarenta años después.

Puede pensarse, como suelen hacerlo los anarquistas, que no cabe moderación alguna si se busca alcanzar el poder o simplemente hacer prevalecer las ideas de la libertad. El “credo libertario”, así llamado por Murray Rothbard, debe ser sostenido con una ideología pura y extrema, tomando como referencia la exitosa prédica socialista que, a su juicio, se explica por su vocación por las utopías. Solamente cabría exigir cambios totales y rápidos, pues “una preferencia por el gradualismo implica que otras consideraciones son más importantes que la libertad”, lo que socava el objetivo final de construir una sociedad libre y sin cortapisas a la libertad.⁸ Sin embargo, la realidad no parece condecirse con esta

⁸ Rothbard, Murray, *Hacia una nueva libertad*, Grito Sagrado, Buenos Aires, 2005 [1985], pág. 351.

postura. Los socialistas no lograron imponer sus condicionamientos ideológicos cuando los hechos mostraron la inviabilidad del socialismo en el mundo real, a pesar de su prédica utópica. Precisamente los movimientos socialistas exitosos han migrado hacia discursos más atemperados, como en las más modernas socialdemocracias europeas, cuyos exponentes más conspicuos son Tony Blair y Felipe González. De igual modo, se constata que en América Latina, e incluso en la misma Europa, los liberales más extremos, y con mucho más notoriedad, los anarcocapitalistas, sólo han conquistado los atrios universitarios en conferencias eventuales, pero nunca lograron vencer en contiendas electorales y ni siquiera imponer parte de las agendas políticas.

Por eso, para marcar la diferencia, los liberales deben ser impetuosos, claros, apasionados y decididos. Pero a la vez serenos, cautos y creíbles. No por ir a los extremos siempre van a ganar presencia. Se debe escapar del facilismo de las soluciones utópicas, que sólo abre nuevas vulnerabilidades y no permiten que los tomen en serio, muchas veces, en el debate público. Hay que tener la capacidad y el talento de elegir los frentes de batalla en que no estén dispuestos a ceder, no para satisfacer una arrogancia intelectual sino con miras a una estrategia política exitosa. Y, del mismo modo, escoger las batallas que no vale la pena librar.

Ha fracasado, por otro lado, la estrategia de comunicación con el ciudadano –si es que hubo alguna– porque no se aprovecha en el discurso a las masas, las conquistas ideológicas que se han logrado en el terreno económico y político. Además de conquistas como la democracia representativa o el constitucionalismo, ejemplos recientes de gobiernos de raigambre socialista en América Latina, como los que han encabezado en la década de los dos mil Alan García y Lula, dan cuenta de que el liberalismo ganó mucho terreno en la práctica. Nada de esto se ha capitalizado, porque cuando los socialistas de siempre pretenden comportarse como liberales, muchos que profesan la doctrina, en vez de ponerlos en evidencia, los aplauden por la “conversión” o se auto-relegaron hacia posiciones radicales pretendiendo mantener una identidad, cayendo en la trampa de no afirmar los principios liberales y dejarnos “acomplejar” por la prédica socialista comunitaria. Se ha aceptado así, como práctica tolerable, quedarnos en las catacumbas camuflando nuestra identidad como liberales y sin capacidad de articular la respuesta política adecuada de cara a una propuesta concreta, realista y viable en el contexto de cada uno de nuestros países.

A modo de ilustración, el trabajo de los socialistas en áreas como los derechos humanos y el medio ambiente, convirtiéndolos en dos de sus vetas de desarrollo más activas, ante el fracaso histórico de sus tesis en contra de la economía de mercado, ilustra muy bien este punto. Increíble si se tiene en cuenta que en los países donde mayores violaciones a los derechos humanos se han hecho –y se siguen haciendo– son precisamente aquellos de regímenes comunistas. Y por cierto, los mayores atentados contra la ecología se dan en aquellos países donde los estados totalitarios hacen posible la emergencia de monstruos capaces de mega--destrucciones medioambientales, precisamente debido a la ausencia de libertad de información.

Los liberales han dejado vacíos estos segmentos de desarrollo ideológico, haciéndole un harakiri a la doctrina puesto que para ninguna corriente de pensamiento el bienestar humano ha tenido tanta preponderancia como para el liberalismo. Se ha hecho descansar al liberalismo sólo en el concepto del libre mercado y se han desprotegido otros terrenos. Se cayó en la trampa de anteponer a las utopías marxistas las utopías de los mercados puros y perfectos y del *laissez faire*, o los purismos pretendidos de los que ya decididamente se puede decir que proclaman el anarquismo capitalista antes que el liberalismo clásico, con el resultado de dividir en vez de sumar.

Friedrich Hayek advirtió estos peligros cuando expresó claramente que no había nada en los principios básicos de liberalismo que lo hicieran un “credo estacionario”,

tallado en piedra, con reglas absolutas establecidas de una vez y para siempre. Para Hayek, el liberalismo gira en torno a un principio fundamental y sobre él debiera bastar para construir políticas liberales con las variaciones infinitas que suponen cada tiempo y cada realidad. Ese principio estipula, simple y llanamente, que en los asuntos que competen a los individuos, se debe hacer todo el uso posible de las fuerzas espontáneas de la sociedad y recurrir lo menos posible a la coerción estatal. Por eso el liberalismo dista mucho de ser un ejercicio contemplativo, pasivo, inerte. En efecto, Hayek deja claro que existe una gran diferencia entre postular como deseable –haciendo incluso todo lo posible para crearlo y sostenerlo deliberadamente– un sistema dentro del cual la competencia opere de la manera más beneficiosa posible para la sociedad, por un lado, y aceptar pasivamente las instituciones tal como son, por otro lado, aunque éstas involucren precisamente elementos anticompetitivos o atenten contra el beneficio de esa misma sociedad.⁹

En el afán de diferenciarse ante la arremetida de la usurpación ideológica por parte de socialistas y conservadores, ciertos liberales se han creído obligados a afianzar su identidad. Y para eso lo que se tuvo a mano fue hacer descansar al liberalismo sólo en el concepto del libre mercado, desprotegiendo otros terrenos que son feudos naturales del liberalismo. Así se cayó en la trampa de anteponer a las utopías marxistas las utopías de los mercados puros y perfectos y del *laissez faire*, lo que es, de paso, una interpretación antojadiza y sacada de contexto de la tesis de Adam Smith y que hasta liberales catalogados como más duros, como el propio Hayek, siempre reconocieron.

En consecuencia, no hay razón para relegar espacios ideológicos que pertenecen históricamente al liberalismo. En vez de ello, debería retomarse los terrenos perdidos y tener la audacia de penetrar decididamente en ellos. Por ejemplo, los temas de derechos humanos y el cuidado medioambiental no pueden ser ajenos al liberalismo, pues tuvieron tanta importancia en el desarrollo de las ideas liberales del siglo XX que la Internacional Liberal explícitamente las destacó en las Declaraciones de Ottawa de 1987 y Helsinki de 1990. Vale la pena incorporar estos principios adecuándolos al ideario de la propuesta a construir en América Latina del siglo XXI.

Además es importante recobrar para el liberalismo muchos otros temas. Uno de ellos es el de la descentralización y las autonomías administrativas. Si algo está sintonizado con el liberalismo es el límite a los gobiernos y los que más poder acumulan son, precisamente, los gobiernos centralistas. La descentralización tiene que ser distribución de ese poder entre los miembros de la sociedad representados en instancias subnacionales – sean estatales o privadas– sobre bases territoriales. Un ejemplo de esto es la lucha de resistencia del pueblo cruceño ante la prepotencia del gobierno boliviano que encabeza Evo Morales.

También ha habido una incapacidad para relacionar hechos reales con la doctrina. En Latinoamérica han aparecido experiencias que pueden ilustrar el avance del liberalismo en la experiencia real del ciudadano. En el Perú, en las zonas marginales de la ciudad de Lima, muy particularmente en lo que respecta al área norte de la capital, que ha experimentado un crecimiento sin precedentes fruto de la pujanza empresarial de dos o tres generaciones de inmigrantes. Y hay otras experiencias en el resto de América Latina. En vez de buscar en la lejana Europa la invocación a estas experiencias, los liberales deberían ser creativos y ejemplificar el avance de la doctrina con las experiencias locales. El liberalismo no debe convertirse en una lista de citas bibliográficas. En vez de ello, el liberalismo como soporte de políticas públicas exitosas, debe partir de un catastro de buenas prácticas para exhibirlas a nuestros ciudadanos como prueba de su capacidad para generar desarrollo.

Pero la defensa del liberalismo y la comprobación de que en el subconsciente colectivo hay un germen creciente de ese ímpetu por hacer prevalecer derechos

⁹ Hayek, Friedrich, *Camino de servidumbre*, op. cit.

individuales, diversidad de modos de vida y economía de mercado, no es lo mismo ni implica necesariamente la construcción política de una verdadera opción liberal. Ésta solamente puede lograrse mediante una docencia ciudadana que abarque tanto un frente académico como el frente de la política activa. Y es aquí donde la desidia, por un lado, y el facilismo de pretender consolidar un discurso “químicamente puro”, por el otro, conspiran contra esta construcción.

A los liberales les ha distraído la actitud de fomentar las divisiones y no consolidar las coincidencias. Dividir a los liberales entre “auténticos” y “no auténticos” es un ejercicio bizantino, arrogante y torpe. Nos hemos vuelto desconfiados entre nosotros, arrogantes y soberbios. Habrán crecido en capital humano, pero no han construido capital social dentro de las comunidades liberales de nuestros países. Parafraseando a Álvaro Uribe, han dejado que se les aplique el cinismo socialista para extremar nuestras posiciones y generar divisionismo donde debería reinar la convergencia en la diversidad. La diversidad coordinada que construye proyectos políticos, no la anarquía que explota las diferencias sólo para generar el caos y facilitar la derrota.

El rezago del posicionamiento del liberalismo en América Latina no está en el terreno de la práctica, sino en el de la teoría, que entretiene a los liberales en sus sesudos intercambios intelectuales, pero que son absolutamente irrelevantes para el votante común de cualquier país latinoamericano. Así se produce la paradoja de que la gente puede pensar como liberales pero no quiere que se les identifique como liberales. Los liberales se convirtieron así en marginales y parias ideológicos, mientras que la convocatoria política, imprescindible para la construcción de potentes partidos políticos liberales, capaces de ganar elecciones, requería que fueran convincentes, con capacidad de atractivo de amplias masas de votantes y así poder alguna vez salir del ghetto.

De hecho, no pocos liberales han hecho un flaco favor a la doctrina con una defensa de utopías de libro de texto, consintiendo el avance del socialismo en los gobiernos y en las mentes de los latinoamericanos. Ensimismados en pretendidos purismos ideológicos, relegaron la construcción política para privilegiar sus proyectos de crecimiento personal en el terreno académico que les brindaba los blindajes para escribir y decir, pero nunca para actuar en el terreno del mundo real de las políticas públicas. El ego ha sido el enemigo desde adentro, privilegiándose proyectos personales antes que compromisos con la construcción de un sólido frente doctrinario que hiciera contrapeso al vendaval socialista.

El camino de reconstrucción

Revisados los primeros factores posibles de la dificultad –y del fracaso– del liberalismo latinoamericano para constituirse en una fuerza electoral con posibilidades viables, cabe preguntarse si, a pesar de esto, puede tener algún futuro en América Latina. Pues existen razones fundadas para pensar que sí, si se tiene el atrevimiento de ir al siguiente nivel y abatir los escollos superiores que frenan el desarrollo del liberalismo latinoamericano, y que una vez logrado este propósito permitirían posicionarlo como una doctrina capaz de convertirse en la hegemónica en el continente.

Curiosamente, aunque tradicionalmente la sociedad latinoamericana ha sido muy conservadora –y hasta cargada de comportamientos ceñidos a lo religioso y en casos, llegando a la cursilería moral–, a partir de los años ochenta ha tendido a ser mucho más liberal, cuanto menos desde lo cultural, incluso sin darse cuenta. En algunos países esta liberalización ha sido más acelerada que en otros. Este proceso ha sido imperceptible, no transformado en mensaje político, pero no por eso ha sido menos real. De hecho, muy al pesar del talante estatista de la clase política e intelectual latinoamericana, que ha copado los cargos públicos más incluyentes, las organizaciones más activas en las movilizaciones ciudadanas y las principales facultades de las universidades, se advierte que las intromisiones del gobierno o de las entidades religiosas en los asuntos privados, por

mínimas que sean, se ven con creciente reticencia. Crecientemente se están desarrollando instrumentos para liberalizar a la sociedad de trabas legales para la constitución de empresas, operaciones de crédito o incluso para el divorcio. Hay una prensa implacable, aunque muchas veces linde con el sensacionalismo, la corrupción, los privilegios indebidos y toda forma de abuso. Y aunque es una sociedad donde existe mucho racismo, ya es completamente inaceptable que se discrimine a los homosexuales, a los sordomudos o a otros colectivos sociales normalmente satanizados o ridiculizados en otros tiempos.

Imperceptible y crecientemente se abre paso una actitud en abierta contestación al statu quo de lo política, estética o moralmente correcto. Esta actitud rebelde es transversal a todo el espectro social latinoamericano. No pasa solamente por reivindicar el derecho a peinarse o vestirse como a uno le dé la gana o a tener la vida sexual que cada cual prefiera, sino también por sacudirse de las trabas al desarrollo de los asuntos privados, desde hechos como hacer empresa hasta optar por el estilo de vida que a uno le apetezca, siempre dentro de los parámetros del estado de derecho, de la responsabilidad individual y del límite que imponen los derechos de los demás.

Aunque no se perciba con claridad, es un hecho que esta recargada prevalencia de lo liberal en lo cultural va alcanzando poco a poco a la economía y a la política, hecho que los articuladores del mensaje liberal no han logrado comunicar a los latinoamericanos de todos los segmentos sociales, ni siquiera a los de menores recursos, a los que los políticos socialistas suelen dirigirse principalmente en las campañas políticas, pero que son sectores en los que precisamente el mensaje liberal puede ser captado con naturalidad, partiendo del hecho de que han sido históricamente abandonados por la desidia de un Estado empobrecedor, ineficiente y ausente. Y cuya existencia misma en muchos casos se ha basado en un aprovechamiento, todavía imperfecto, de la misma economía de mercado, cuya expresión sociológica más acabada es el fenómeno de la “informalidad”, bien estudiada y documentada por un liberal tan destacado como Hernando de Soto.¹⁰

En otras palabras, los pobres de América Latina quizá fueron educados en el socialismo, pero sobreviven con un estilo de vida cada vez más liberal. De hecho, son más liberales en su praxis diaria de lo que ellos creen y de lo que los demás liberales pensamos sobre ellos. En este contexto, una propuesta auténticamente liberal, liderada adecuadamente por personajes de fuerte sincronía mediática, que atraviese transversalmente el espectro socioeconómico del país tanto en términos de simpatías como de antipatías, puede ser el catalizador necesario para cambiar el panorama político y construir al fin ese espacio que cobije a esa amplia masa ciudadana, insertada en los bolsones de pobreza y en la clase media, que no se siente identificada por la derecha conservadora o las izquierdas socialdemócratas o neo-socialistas.

Sin embargo, el camino no sería fácil, pues existen vetas de desarrollo ideológico por trabajar y camino por recorrer. Esto implica fortalecer la doctrina y enriquecerla con la adecuación a nuestras realidades. Además, consolidar el mensaje fundamental y hacer docencia de él, no sólo en el trabajo “hormiga” de difusión del liberalismo, sino institucionalmente a través de escuelas populares de gobernabilidad liberal, que permitan formar cuadros de recambio generacional, fortalecer los actuales en formación, construir un espacio de diálogo doctrinal y generar un *know how* ideológico capaz de sintonizarse con la evolución de nuestros procesos socio-económicos y culturales particulares.

Cumplir este propósito es vital para una auténtica construcción política, pues careciendo de la vocación de docencia política institucional, se carece también de auténticos políticos. Esto marca la diferencia entre los políticos de trascendencia y los oportunistas que sólo se cuelgan de cualquier pista doctrinal, aunque no la conozcan a cabalidad, para tentar un lugar en la burocracia del poder sin otro propósito que el del beneficio personal, apetitos de egocentrismo o intereses de clan. Los políticos son el elemento final del

¹⁰ De Soto, Hernando, *El otro sendero*, El Barranco, Lima, 1986.

proceso de consolidación de las opciones políticas y por tanto su importancia es crucial para el éxito del posicionamiento de la doctrina, pues con políticos liberales corruptos o ineptos la imagen del liberalismo latinoamericano será corrupta e inepta también.

En particular, cuatro áreas de controversia han conspirado contra propuestas liberales concretas que sean asimilables para las grandes masas latinoamericanas. Una se refiere a la problemática del Estado dentro del liberalismo. La otra ha sido la relación delicada entre liberalismo y democracia. En adición, la simbiosis e identificación del liberalismo con las posiciones conservadoras. Y, finalmente, el compromiso del liberalismo con la lucha contra la pobreza.

Elementos claramente recurrentes que ilustran este punto son, de un lado, la proclama generalizada de la reducción del Estado, cuando lo que se busca en realidad es el gobierno limitado; de otro lado, la incomodidad con los resultados de procesos democráticos de la región, especialmente en los años recientes, que han colocado en el poder a gobernantes decididamente anti-liberales; adicionalmente, la captura del discurso liberal por conservadurismos reaccionarios; y lo último, la indolencia ante el panorama de pobreza de grandes segmentos de la población latinoamericana, escudada en una pretendida pureza ideológica que presume que la defensa de los principios tiene que desconectarse de la realidad social para precisamente defenderse mejor.

Lo primero ha sido aprovechado por el socialismo para confundir el mensaje del liberalismo con el anarquismo e identificar al pensamiento liberal con el denominado “capitalismo salvaje”, el “sálvese quien pueda” del mercado descontrolado y el darwinismo social, todo junto resumido en el vocablo “neoliberalismo”. Lo segundo, para posicionar a los liberales en las antípodas de la democracia, como enemigos declarados de ella y aliados de regímenes “dictatoriales de derecha”, e incluso como apologistas de las violaciones a los derechos humanos con criterio selectivo. Lo tercero, para descalificar moralmente al liberalismo como una doctrina defensora de los ricos, en detrimento de los pobres, a los que jamás respondería en la defensa de sus intereses y en su clamor por dejar sus paupérrimos niveles de vida. Estos tres elementos del discurso anti-liberal, por considerarlos de particular importancia como elementos distorsionadores del mensaje liberal, se examinan a continuación.

Liberalismo y conservadurismo

El acercamiento del liberalismo a las posiciones conservadoras también ha sido un factor determinante en su fracaso. El liberalismo latinoamericano ha sucumbido, más temprano que tarde, a aliarse a posiciones conservadoras, quizá por su necesidad de confrontar al socialismo hegemónico, lo que le llevó, a veces imperceptiblemente, a acercarse peligrosamente a un mercantilismo económico, que terminó por minar el propio espíritu liberal. De hecho, en una tierra con altísimos niveles de pobreza y marginación, ¿hay acaso tanto por conservar?

A pesar de que conceptualmente el liberalismo siempre fue opuesto al conservadurismo, desde sus orígenes en que se constituyó en las antípodas del despotismo monárquico, en lo político, y del mercantilismo comercial, en lo económico, parece que el avance galopante del socialismo en el siglo XX intimidó a los liberales latinoamericanos hasta el punto de refugiarse en las canteras conservadoras. Incurriendo de esta manera en un error histórico por cuanto, precisamente en las sociedades latinoamericanas hay poco que conservar para la mayoría de personas. Y además fue un error porque de esa manera fue muy sencillo para los socialistas reposicionar a los liberales como defensores de un statu quo que refleja esas amplias exclusiones sociales, en beneficio de unas pocas élites privilegiadas por su acceso al poder estatal, a las que refiere Montaner en su revisión histórica.

Las clases privilegiadas no llegaron a ser líderes. En el lenguaje del marxismo, fueron dominantes pero nunca clases dirigentes. Se refugiaron muchas veces en sus predios del interés empresarial y comercial, sin preocupación alguna por la construcción de una sociedad más educada, más competitiva, más provista de ciudadanía efectiva, antes que de ciudadanía formal que sólo se materializa en el acto de votar. Embarcados en esa tarea, no tuvieron el mínimo reparo en sostener las propuestas más conservadoras en las que el mercantilismo imperaba como doctrina natural de sustento. Pero tampoco se alteraron demasiado cuando los regímenes socialistas fueron ganando posiciones en el discurso político, en la producción intelectual y en las aulas escolares y universitarias. Se constituyeron así clases privilegiadas que dieron prioridad al dinero, en detrimento de la cultura o de la intelectualidad política y social. El espacio que quedó vacío fue cubierto por los socialismos de todas las sangres, desde los indigenismos de cuño étnico hasta las modernas socialdemocracias de talante europeizado, tufillo de café parisino y apellidos rimbombantes.

De paso, para agravar el deterioro del liberalismo latinoamericano, esta cercanía al conservadurismo no hizo más que atemperarlo, reduciendo su natural audacia como agente de cambio, reemplazando las hormonas vitales doctrinarias por la búsqueda de objetivos modestos de estabilidad social y económica, cuya potencia meramente senil jamás podría ocasionar el gran cambio que América Latina requería para insertarse definitivamente en las grandes ligas de la globalización y del progreso, que otros países sí lograron. Perdió así Latinoamérica grandes oportunidades, como las de las décadas de 1910 y 1920 y las de 1980 en adelante, en que la economía mundial despegó con un ímpetu sin precedentes en una vorágine de progreso a la que América Latina no supo integrarse con toda la potencialidad y decisión requerida. Entonces se aquietaron los impulsos y los liberales se contentan con soluciones parciales, hasta el punto insólito de llegar a alabar a consabidos socialistas como Lula da Silva o Alan García simplemente porque en estos tiempos no son tan antimercado como dictan los mandatos de sus doctrinas matrices. Al apagarse y auto-silenciarse, la crítica liberal se ha ido tornando simplemente complaciente con personajes de este tipo, con sus gobiernos y con sus políticas, por un temor a no alterar demasiado el avispero político y no dar aliento a posturas más radicales desde la vieja izquierda latinoamericana.

Liberalismo y Estado

El liberalismo propugna el límite a los gobiernos y el poder del Estado limitado. Limitado a acciones de gobierno, desde luego. Pero entrar al terreno de propugnar drásticos recortes impositivos, reducciones a pocos ministerios o la abolición de los sistemas de seguridad social, cuando no se analiza la situación de cada país y los grados de libertad de la política pública en cada uno de ellos, es sencillamente ir por el camino del facilismo. Y lo que es peor, de la utopía.

No es posible comparar, por ejemplo, realidades como la de Costa Rica y Chile, por un lado, y la de Perú o México, por otro. Mientras Costa Rica es un país con un proceso de consolidación que partió de una cultura del trabajo generalizado donde no había grandes distancias entre diversas clases sociales, el Perú atravesó un proceso de mestizaje violento y jerarquizado desde el inicio de la colonización española, que produjo una sociedad culturalmente fragmentada. Asimismo, mientras Costa Rica tiene poco más de medio millón de pobres, la mayoría incluso constituida por la población inmigrante nicaragüense, el Perú posee quince millones de pobres y seis de ellos en situación de extrema pobreza. Es decir, en el Perú existe toda la población costarricense, y una mitad adicional, sólo de pobres extremos, diseminados en un territorio donde, en amplias zonas, no llega ni el Estado ni la ley ni los valores occidentales en general.

En escenarios como el descrito, si un gobierno liberal “químicamente puro” llegara al poder no reduciría drásticamente los impuestos ni el total del gasto público, simplemente porque no podría.¹¹ Lo que sí es factible es que redistribuya ese gasto, financiado con la recaudación tributaria, y lo haga más eficiente. En otras palabras, proponer lo no factible resta credibilidad al liberalismo como alternativa de gobierno. En vez de ello, es conveniente enfocar los esfuerzos en el campo de las políticas públicas, antes que en el de la teoría política utópica.

Cuando el liberalismo propugna el gobierno limitado, no está significando que el gobierno debe ser débil o inexistente. Es todo lo contrario. Bobbio plantea que “no se puede confundir la antítesis Estado mínimo/Estado máximo, que frecuentemente es objeto de debate, con la antítesis Estado fuerte/Estado débil”. Fukuyama va en la misma línea cuando constata que lo relevante no es el tamaño del Estado *per se*, pues este análisis unidimensional resulta simplista e incompleto. De hecho, en particular en países como México, Bolivia, Perú o Colombia, hay partes del territorio o segmentos de la actividad que justifica la presencia del Estado –como en los aspectos de seguridad, justicia, salud, educación, etcétera– en diferentes proporciones de incidencia, en los que hay ausencia total. Y donde precisamente es el socialismo más rancio el que siempre entra a cubrir esos vacíos. Por tanto, se crea así la paradoja de que esa ausencia del Estado, en esos casos, siempre termina creando las condiciones para el más furibundo y violento antiliberalismo.

Sin duda, entonces, hay que abandonar el anquilosado lugar común de la simple reducción del Estado y transformarlo en la idea de construcción de un aparato estatal liberal, que sea del tamaño apropiado a las necesidades de cada país, pero que fundamentalmente sea eficiente y eficaz, no corrupto y no entorpecedor, capaz de establecer alianzas con el capital privado para implementar grandes proyectos, facilitar condiciones de desarrollo de competitividades y construir espacios de tolerancia pacífica entre diversas expresiones culturales, dentro de las cuales incluyo las expresiones religiosas, étnicas –porque el racismo es un anacronismo incivilizado que debemos combatir desde la esencia liberal– y de vivencias diversas –lo cual implica la no discriminación por modos de vida particulares. Todo lo cual, enmarcado en un respeto a un sistema legal que establezca reglas de juego claras, simples, sostenidas e invulnerables a los cabildeos y tráficós de influencias.

Ante este hecho, no hay que horrorizarse ni sorprenderse. Baste la observación empírica de que no existe nación ni país sin Estado. De lo que se trata es que se promueva toda la libertad económica como sea posible y de contar con un Estado hasta donde sea estrictamente necesario. Debe marcarse, entonces sí con claridad, la línea divisoria entre liberalismo y anarquismo, con la misma nitidez con la que se distingue del socialismo. Porque uno de los grandes flancos de vulnerabilidad del liberalismo ha estado en la superposición de ambas maneras de entender las libertades en una sociedad política. Los liberales no son anti-Estado sino pro-limitación del poder estatal. Los anarquistas, por el contrario, identifican cualquier uso del poder estatal como una violación de las libertades. Y aquí hay una línea demarcatoria tan drástica como la que separa al liberalismo del socialismo e incluso del conservadurismo.

El pensamiento anarcocapitalista, sin embargo, se siente el depositario del mismo liberalismo clásico, mientras que lo deplora y desprecia por “concesivo”. Quien posiblemente sea su más notable icono intelectual, Murray Rothbard, referente inequívoco del anarquismo capitalista, plantea que solamente existe un axioma fundamental sobre el que se puede construir todo ordenamiento social realista y no utópico, a saber, que “ningún hombre ni grupo de hombres puede cometer una agresión contra otra persona o la

¹¹ Incluso se podría presentar el problema fáctico de poder aplicar el mismo ordenamiento legal a todos los ciudadanos, a pesar de la existencia de una sola Constitución, en atención a elementos de multiculturalidad existentes en determinadas sociedades.

propiedad de alguna otra persona”, entendiendo a la agresión como “uso o amenaza de uso de la violencia física contra la persona o la propiedad de otro”.¹² Bajo esta perspectiva, el Estado es el principal agresor de la sociedad, y por tanto las sociedades sin Estado deben ser el norte a buscar sin reparar en nada más.

En la visión de Rothbard, si bien esto puede parecer utópico, nada más lejano que eso, pues la verdadera utopía queda plasmada en la idea de que el gobierno pueda ser limitado, pues no tendría sentido poner “todas las armas y el poder de la toma de decisiones en manos del gobierno” para luego pedirle que se limite a sí mismo.¹³ Porque el Estado no es otra cosa que “el agresor supremo, el eterno, el mejor organizado, contra las personas y las propiedades”, sin importar qué estados sean, pues “lo son todos los estados en todas partes, sean democráticos, dictatoriales o monárquicos, y cualquiera que sea su “color”.¹⁴ Incluso el Estado-nación termina siendo, para Rothbard, el destructor del liberalismo clásico.¹⁵

Sería muy fácil confrontar al anarcocapitalismo de Rothbard desde el pensamiento de liberales reconocidos como Smith, Locke, Mill, Tocqueville o Madison, autores que, sin embargo, el anarcocapitalismo fundamentalista acusa de ser algo así como “socialistas encubiertos”. Sin embargo, un emplazamiento de las ideas anarquistas daría lugar a demasiadas reflexiones que exceden los propósitos del presente ensayo. Pero quizá no es necesario apelar a excesiva lógica. Es más contundente responder a Rothbard desde la misma tradición austriaca del liberalismo clásico, escuela dentro de la cual se le suele ubicar a él mismo, para demarcar claramente las posiciones anarquistas respecto de las liberales. Y qué mejor que tomando la palabra de dos referentes como Hayek y Mises.

Hayek decía que “en ningún sistema que pueda ser descrito racionalmente el Estado carecerá de todo quehacer”,¹⁶ puesto que la creación de condiciones en que la competencia actuará eficazmente, complementarla donde no pueda hacerlo y, por ende, suministrar los servicios que, siendo socialmente deseables, sean de tal naturaleza que no sean rentables desde la perspectiva privada, son tareas que difícilmente puedan realizar los mercados y que, por lo mismo, “ofrecen un amplio e indiscutible ámbito para la actividad del Estado”.¹⁷ Por su parte, Mises llegó a ser menos diplomático, a pesar de que es reconocidamente mucho menos proclive al Estado que Hayek. Se refiere a los anarquistas como “una secta que cree que se puede renunciar sin peligro alguno a toda forma de coacción” reemplazándola por una sociedad que se organice “a base de la obediencia voluntaria a las leyes de la moral”.¹⁸ Los cuestiona precisamente por basar el ordenamiento espontáneo en este voluntarismo presunto a adherirse a normas de moral, pues la realidad marca para Mises, que tal supuesto desconoce “la verdadera naturaleza del hombre” por lo que el anarquismo sólo sería viable en la utopía de un mundo poblado por ángeles.¹⁹ Por eso Mises es contundente y directo al afirmar sin tapujos que “el liberalismo no tiene nada en común con el anarquismo”, porque el liberal comprende claramente que no hay orden social sin coerción, la cual incluso debe contemplar el uso de la violencia, llegado el momento, para garantizar el cumplimiento de la ley, la cooperación entre los miembros de

¹² Rothbard, Murray, *Hacia una nueva libertad*, *op. cit.*, pág. 35.

¹³ *Ibid.*, págs. 352-353.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 60.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 30.

¹⁶ Hayek, Friedrich, *Camino de servidumbre*, *op. cit.*, pág. 70.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 70. En particular, Hayek considera que “un eficaz sistema de competencia necesita, tanto como cualquier otro, una estructura legal inteligentemente trazada y ajustada continuamente. Sólo el requisito más esencial para su buen funcionamiento, la prevención del fraude y el abuso (incluida en ésta la explotación de la ignorancia), proporciona un gran objetivo –nunca, sin embargo, plenamente realizado– para la actividad legislativa.” (*Ibid.*, pág. 70)

¹⁸ Mises, Ludwig von, *Liberalismo*, Unión Editorial, Madrid, 2007 [1927], pág. 69.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 70.

la sociedad y evitar así la destrucción de la estructura social. Mises enfatiza que la sociedad debe estar en condiciones de forzar “a respetar las normas de convivencia social a quien no quiere respetar la vida, la salud, la libertad personal o la propiedad privada de los demás”.²⁰ Ante estas evidencias parece no ser necesario profundizar más en resaltar cuán grande es el abismo que separa al liberalismo del anarcocapitalismo.

Finalmente, hay un dogma que se deriva de esta actitud anti-estatista extrema y a ultranza. El dogma de que siempre es necesario dismantelar toda instancia de participación del Estado en la economía simplemente por reducir la burocracia nacional. Es particularmente necesario estudiar caso por caso las situaciones en las que una determinada actividad económica se desarrollan en mercados monopolistas u oligopólicos y en los que, al mismo tiempo, las posibilidades de implementarles sistemas de regulación. En muchos casos, se ha llegado al sinsentido de “privatizar” empresas estatales para incorporar elementos de gestión privada, pero vendiéndose a empresas estatales extranjeras. En varios casos también, esta acción de apariencia liberal ha servido para encubrir importantes negocios que, a la luz de la opinión pública, han sido utilizados para atacar al liberalismo, especialmente cuando en estos arreglos bajo la mesa ha habido también algunos liberales involucrados o, cuando menos, los ha habido entre la prensa que ha apoyado dichas transacciones.

Liberalismo y democracia

Cuando se habla de liberalismo y democracia, primero hay que trazar los linderos, pues no son lo mismo. De partida, asumen diferentes conceptos de libertad. Para el liberalismo, la libertad se define en sentido “negativo”. Es *libertad de* ser concripto. Vale decir, la libertad es ausencia de coerción, tanto como sea posible para sostener el orden social. No es anarquía, pero sí es límite al poder, de cualquier índole, sobre los ciudadanos. En especial, del poder estatal. Para la democracia, la libertad es definida en sentido “positivo”. Es *libertad para* participar en la actividad política y, por ende, para elegir y ser elegido. En suma, la democracia no nos dice más. Sólo se limita a garantizar que el gobierno que se elija sea electo por voluntad mayoritaria. El liberalismo, en cambio, se enfoca en el límite de la acción de ese gobierno.

Dado que inicialmente tanto el liberalismo como la democracia apuntaron a similares objetivos, los mismos que se pueden sintetizar en la oposición a regimenes autoritarios monárquicos y despóticos donde el poder estaba en manos de una persona o una familia y sus allegados, de manera “natural” sus convergencias fueron dadas como obvias. Con el pasar del tiempo, ya no fue así.²¹ Pero el hecho de no ser lo mismo, no hace opuestos o incompatibles al liberalismo con la democracia. ¿Puede sostenerse fundadamente que el liberalismo es, en sí mismo, de naturaleza antidemocrática, porque responde a intereses de una sola clase –la burguesía– y por tanto no puede florecer bajo sistemas democráticos? Para algunos que van más lejos el liberalismo sólo es posible si no hay democracia. Es curioso este intento de algunos liberales y anti-liberales por sostener el argumento de la incompatibilidad entre liberalismo y democracia. En el primero, para promover un “liberalismo conservador” o “conservadurismo liberal” al estilo de la ideología promovida por Herbert Spencer, que en realidad es un conservadurismo disfrazado que no tiene que ver con el liberalismo.²² En el segundo, para descalificar

²⁰ *Ibid.*, pág. 70.

²¹ Quizás el primero en advertirlo fue Alexis de Tocqueville, quien padeció personalmente los excesos de la Revolución francesa y advirtió de los peligros de la mutación de causas que, si bien en su génesis buscaban la libertad, terminaban coaccionándola, incluso con métodos vinculados al terror, el totalitarismo y el crimen, todo lo cual le llevaría a su encendida apología de la democracia americana. Véase Tocqueville, Alexis, *La democracia en América*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957 [1835].

²² Algo que a Hayek le preocupó dejar explícitamente claro. Véase: Hayek, Friedrich, *Los fundamentos de la libertad*, Unión Editorial, Madrid, 2006 [1959], págs. 506-522.

éticamente al liberalismo, acusándolo de anti-democrático y por tanto de ser la ideología de la burguesía opresora del pueblo, en una aplicación *marxista* del concepto de la lucha de clases y la dominación.

Para justificarse, han pretendido encontrar oposiciones a la democracia en autores que lo único que han señalado son sus limitaciones, las mismas que fueron señaladas desde los tiempos de Aristóteles, quien de hecho, al desarrollar su célebre teoría de los sistemas de gobierno,²³ planteaba que la propia democracia puede degenerar en la demagogia si se desvía del interés general y solamente se limita a satisfacer a la mayoría, pues no hay modelos de gobierno que intrínsecamente sean buenos. Aristóteles también está lejano de legitimar a cualquier sistema de gobierno a base de la pertenencia a cualquier clase social. Es decir, no por ser demócrata, un gobierno –ni las leyes que de su acción política se derivasen– encontraba justificación ni legitimidad si sólo se debía a los intereses de un grupo, sin importar que fuera mayoritario ni que estuviera compuesto únicamente de pobres. Y nadie podría ser tan tonto, en pleno siglo XXI, como para expresar que Aristóteles era “antidemocrático”.

En efecto, es fundamental precisar que una cosa es plantear los riesgos de la desnaturalización de la democracia y otra, muy distinta, es estar contrario a la democracia.²⁴ Desde socialistas hasta anarcocapitalistas han planteado que los liberales son enemigos de las democracias. Falsedad que es desmentida por Hayek cuando constata que la democracia “es un ideal por el que merece aún la pena luchar a fondo, dado que constituye la única protección contra la tiranía”, distinguiendo que, si bien no es lo mismo que la libertad, es uno de los pilares fundamentales sobre los que se sostiene la libertad, ya que “al ser el único método pacífico de cambio de gobierno hasta ahora descubierto, es uno aquellos valores supremos [...], comparable a las precauciones que se adoptan contra las epidemias, de las cuales se es poco concientes mientras funcionan, pero cuya ausencia puede ser letal”.²⁵

Para Hayek, la democracia puede ser, una salvaguarda importante contra la tiranía y una garantía de la libertad. No necesariamente un instrumento infalible, pero mejor que cualquier dictadura, lo que bastaba para considerar importante defenderla. Por tanto, su defensa es inherente a la defensa del credo liberal. Sin embargo, se defiende mejor la democracia muchas veces, según el mismo Hayek, cuestionando sus alcances y distanciándose de la mayoría. En efecto, las libertades no se sostienen únicamente por la sola existencia de regímenes democráticos. La experiencia muestra que hay gobernantes que llegaron al poder mediante procesos democráticos y luego no aceptan dejarlo, manipulando el propio sistema para perennizarse en el gobierno y alterando las reglas de juego para adecuar las leyes a sus antojos. Las expresiones más recientes que tenemos en Latinoamérica de estas previsible actitudes son las nuevas constituciones que han impulsado Chávez, Morales y Correa, las cuales, vaya casualidad, siempre estipulan mecanismos especialmente destinados a favorecer la perpetuación megalómana en el poder de una sola persona. Estos ejemplos vívidos, cercanos y recientes ilustran nítidamente que la democracia, por sí misma, no es condición suficiente para la libertad.

Estos regimenes normalmente se sostienen en el rechazo de la democracia representativa y la adscripción al modelo de democracia directa, el cual tiene como padre intelectual a Jean Jacques Rousseau. De hecho, en su obra cumbre,²⁶ la verdadera piedra angular del pensamiento socialista, Rousseau afirmaba que era imposible que la soberanía del pueblo pudiera ser “representada” y que, por tanto, no hay ni podría haber verdadera democracia en la forma representativa. Para él, la única democracia era la que permitiera

²³ Aristóteles, *Política*, en Patricio de Azcárate, *Obras de Aristóteles*, libro tercero, Madrid, 1874 [357-322 a.C.].

²⁴ Hayek, Friedrich, *Los fundamentos de la libertad*, op. cit., 2006, pág. 145.

²⁵ Hayek, Friedrich, *Derecho, legislación y libertad*, Unión Editorial, Madrid, 2006, pág. 371.

²⁶ Rousseau, Jean Jacques, *El contrato social*, Aguilar, Madrid, 1981 [1762].

que todos los ciudadanos fueran iguales en rangos y fortunas, se conozcan entre sí y compartieran costumbres muy sencillas que les permita afrontar y resolver las muchísimas negociaciones y deliberaciones para llegar a acuerdos.

Dados la complejidad y volumen de relaciones que se configuran en las sociedades modernas, lo anterior es una utopía. Pero, aun si no lo fuera, la democracia *rousseauiana* no sería una democracia liberal. El “ciudadano total” de Rousseau conlleva la contradicción de que el ciudadano que adscribe a la democracia para ampliar sus horizontes de acción individual termina maniatado por la acción colectiva, pues el ciudadano total y el Estado total terminan siendo lo mismo en tanto comparten el mismo principio de reducir todos los intereses individuales a los intereses del Estado, la politización integral del ser humano, su resolución total en el ciudadano y la eliminación total de la esfera privada en la esfera pública.²⁷

En otras palabras, la democracia directa, tarde o temprano, se convierte en la democracia totalitaria o, como lo llama Norberto Bobbio, en el despotismo democrático. Los numerosos ejemplos en que la democracia ha desencadenado en esta clase de regímenes han llevado incluso a plantear que lo democrático es contrario a la libertad y que por ende la democracia se vuelve naturalmente contra su ideal original. No pocos concluyen que los mejores regímenes para defender las libertades pueden ser incluso algunos dictatoriales, ya que la democracia puede degenerar en la dictadura de la mayoría. En nuestros días, los casos de Bolivia y Ecuador, con sus cuestionables nuevas constituciones que, en medio de climas políticos convulsionados, están promoviendo sus gobiernos –que han sido elegidos en elecciones democráticas no discutidas por la comunidad internacional–, son un ejemplo al que apelan los que sostienen tales tesis que colocan a la democracia en ritmo de colisión con la libertad. Sin embargo, sin desviarse un milímetro de la tradición liberal clásica, sostener este planteamiento equivale a caer en una profunda contradicción, pues existe un abismo entre plantear que la democracia *puede* degenerar en regímenes antiliberales y otra muy distinta es postular que los regímenes liberales *tienen* que florecer bajo sistemas anti-democráticos.

Liberalismo y lucha contra la pobreza

El progreso de una sociedad es el resultado del progreso individual de sus miembros, de la manera más extendible posible, que necesita para apuntalarse de un aparato estatal que sea capaz de proveer las condiciones para que ese progreso se genere. ¿Cómo definimos el progreso desde la perspectiva social? El progreso es un estadio social en el que las capacidades de los individuos y los medios de acción para extenderlas se incrementa permanentemente en el tiempo, permitiéndole elegir, orientar y manejar sus propias vidas, de acuerdo con sus aspiraciones y con el nivel de esfuerzo y capacidades intelectuales y/o físicas que posean y comprometan para tales propósitos. Esta clase de progreso debe guiar toda política liberal.

Existe una muy clara relación entre los países donde ha florecido más el capitalismo, el desarrollo obtenido en ellos y los regímenes políticos que los gobiernan. Si el progreso se intensifica en las economías en las que el capitalismo está más arraigado y extendido –lo que no ocurre en muchos países de América Latina, donde subsisten segmentos de economías precapitalistas o de capitalismo mercantilista– la democracia va a encontrar las mejores condiciones para sostenerse, en la medida en que más personas encuentren que su integración al mercado es factible y que ese proceso los incluye progresivamente en el resto de relaciones sociales.

El liberalismo tiene el compromiso de abatir la pobreza y alcanzar el progreso, como su cable a tierra para su viabilidad política y su sostenimiento en el tiempo. El liberalismo no puede sustraerse a su responsabilidad de lograr las mejores condiciones para

²⁷ Bobbio, Norberto, *El futuro de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, 2001, pág. 51.

las personas. La libertad que propugna el liberalismo es la libertad de coacción, pero no por eso una libertad de peso muerto, pasiva, anodina. Es por el contrario, una libertad creativa de valor, viva, activa y dinámica. Un tema de la mayor importancia, a nuestro juicio, es el de dilucidar este carácter activo del liberalismo, a partir de sus fundamentos clásicos. Cuando Adam Smith sostiene que la mejor forma de proveer de bienes y servicios a una sociedad es mediante la “mano invisible” del mercado, para lo cual implícitamente tiene que ser lo más libre posible –libre de coacciones, es decir, de regulaciones y controles, en el sentido de la “libertad negativa”– está atribuyéndole un papel activo a esa libertad: ser el motor de un sistema social –el mercado libre– que pueda proveer de la mejor manera los bienes y servicios que requiere una sociedad. Smith no tiene en mente un liberalismo moral ni abstracto, sino muy enfocado al logro de la riqueza, que no la entendía para unos pocos sino para las naciones. Dos siglos y medio después, Mises, otro referente liberal, planteaba similar responsabilidad del liberalismo al justificarlo como el primer movimiento político que quiso promover no el bienestar de grupos específicos sino el bienestar general y que sus principios definen todo un modelo de civilización. Y Mises va más allá cuando establece que el liberalismo es el único que ha demostrado capacidad de crear riqueza y bienestar para todos y de elevar el nivel de vida de una población en constante aumento, posibilitando así también el florecimiento de los valores del espíritu.²⁸

En la literatura política, el término “progresista” ha sido capturado por el socialismo. Lo que Revel denomina “el arte de pensar socialista” opera en todo su esplendor, es decir, el manejo engañoso de la retórica para transformar lo indefendible en tesis doctrinal primero, política pública después. De hecho, Revel postula que el socialismo tiene un doctrinario “odio al progreso”, identificando el origen del mismo en Rousseau, al considerar al progreso científico y técnico como un factor regresivo al alejar a la sociedad del estado natural.²⁹ ¡Y pensar que se considera al ginebrino como uno de los iconos de la Ilustración! No hay duda de que esa capacidad de manejar el mercadeo de la imagen intelectual ha sido espectacularmente efectiva en el socialismo desde sus pensadores seminales.

Es empíricamente demostrable que la realidad del progresismo socialista, que debiera ser no otra cosa que la capacidad del socialismo de generar progreso, sencillamente no existe. En efecto, no hay evidencia empírica en que la aplicación de las recetas socialistas –en sus dos grandes versiones de comunismo totalitario y social-democracia– hayan generado progreso sostenido, sin echar mano en algún momento a la ayudita de las recetas liberales, en grados máximos o mínimos. La verdad sea dicha, el verdadero progresismo lo representa el liberalismo, como ha sido demostrado en numerosas experiencias mundiales, en esta y las épocas pasadas, a pesar del eficiente trabajo de desprestigio de sus detractores.

En una región del mundo con los niveles altísimos de pobreza que padece América Latina, el liberalismo latinoamericano, más que ninguna otra doctrina, debe tener como norte estructurar su mensaje articulándolo a la posibilidad de generar progreso, que visto desde la otra cara equivale a erradicar la pobreza, la pauperización y la miseria. No es factible edificar los valores del liberalismo ni cosechar sus frutos si no se trabaja paralelamente en sentar condiciones mínimas para el sostenimiento del proceso de cambios de largo plazo que la doctrina predica. La gestión del conflicto debe ser tal que debe permitir canalizar demandas pero, al mismo tiempo, dotar de gobernabilidad y sostenibilidad a los regímenes liberales y a las democracias liberales que los acompañen. Para ello, parafraseando a Ralf Dahrendorf, es necesario construir un liberalismo de dotaciones mínimas³⁰ capaz de “oxigenar” suficientemente bien cualquier proceso de cambio sostenido y radical que sea preciso implementar para cambiar el rumbo. Y

²⁸ Mises, Ludwig von, *Liberalismo*, op. cit.

²⁹ Revel, Jean-Francois, *La gran mascarada*, Taurus, Madrid, 2000, pág. 315.

³⁰ Dahrendorf, Ralf, *En busca de un nuevo orden*, Paidós-Ibérica, Barcelona, 2005.

enderezar las torcidas raíces de América Latina, una vez más, pero esta vez hacia el desarrollo y el progreso.

La viabilidad del liberalismo

La pregunta que cabe, después de todo el análisis precedente, es por qué ha sido tan vulnerable el liberalismo en América Latina. ¿Ha fracasado? Ambas respuestas no son la misma. La vulnerabilidad del liberalismo se explica por los factores de fondo y forma antes explicados. Pero aun así el liberalismo dista mucho de haber fracasado. Aunque no ha llegado a prevalecer sobre un camino fácil ni haber ganado la batalla de la historia, decretando su final, como pensaba Francis Fukuyama en un exceso de entusiasmo, para alzarse como la única ideología posible, es bastante claro que la inmensa mayoría del mundo, incluso en el mundo socialista, se ha ido alineando en la práctica a los lineamientos del liberalismo clásico.

Los populistas de todo el espectro político se han visto obligados a tomar las banderas liberales, como las del impulso a la inversión privada y la necesidad de los equilibrios macroeconómicos. Lo hacen así como hace más de un siglo tuvieron que tomar del liberalismo el constitucionalismo y el principio de la división de poderes. Pero el liberalismo no necesita hacerles el juego y abandonar posiciones para correr al extremo, en búsqueda de una identidad jamás perdida. Pues en el mejor de los casos sólo son mala copia del original. Y en el peor, embusteros ideológicos que sólo tomarán las verdaderas propuestas liberales cuando estén con la soga al cuello, pero que buscarán los votos vistiéndose de “populares” y con las poses de siempre: las poses de la política del sombrero de paja o el *chullo*,³¹ del menú de mercadillo que jamás volverán a comer, del jueguito ridículo de carnaval y del bailecito mal bailado ante una cámara de televisión.

A pesar de todo, no se puede hablar de un fracaso del liberalismo en América Latina. Las tímidas reformas liberales implementadas en las últimas dos décadas, aun siendo tibias, han traído el poco o mucho desarrollo, según el caso, que hoy tiene la región. Además, como se ha dicho, las corrientes antiliberales, obligadas por los dictados de la realidad, han tenido que incorporar en sus discursos categorías doctrinarias claramente liberales, como la necesidad de inversión privada y la economía de mercado. En este sentido, entregarle al socialismo latinoamericano la autocrítica por las reformas de los noventa, que en el caso de países como México y Perú, fueron tan decisivas, es una abdicación, antes que una concesión estratégica, puesto que dichas reformas cambiaron el rumbo de tales economías y permitieron que los gobiernos de esta década partieran de economías más consolidadas para poder exhibir hoy algunos éxitos que de otro modo, si se hubiera continuado gobernando como en los ochenta, hubiera sido imposible.

Es cierto que en algunos de estos procesos de privatización hubo acciones dolosas, y por eso merecen el castigo de la ley. Pero también es cierto que, más allá de los despropósitos de la corrupción de algunos funcionarios particulares, que se generó por la desnaturalización, en casos puntuales, de los procesos de privatización y concesiones, y que merecen el peso de la ley sobre la base de procesos justos y no políticos, lo cierto es que estas reformas, y otras, fueron en general provechosas para las economías de América Latina. Aquí el tema de fondo es tomar distancia de la forma en que se hicieron los procesos identificados caso por caso, pero no sumarse al discurso del cuestionamiento de la privatización como un todo. Los noventa representan, para todas las versiones del socialismo latinoamericano, un golpe del que recién se vienen recuperando en la presente década, pero también un icono contra el cual enfilan sus baterías en todos los frentes –de la economía, de la política e inclusive de los derechos humanos– sencillamente porque en dicha década se marcó un quiebre en varios países que implicó también, entre otros efectos, la ruptura de los socialismos latinoamericanos de todo talante, incluidos sus hoy

³¹ Prenda típica del Perú utilizada para protegerse del frío en la cabeza.

nítidamente aliados grupos terroristas marxistas-leninistas que azotaron países como el Perú. Por este motivo hay que evitar caer en la trampa de hacerles el juego sólo para pretender “limpiar” al liberalismo de algunos de los pasivos políticos que significaron los noventa.

Ese repaso muestra que el liberalismo triunfa en la praxis, antes que en la doctrina. Y eso lo debilita porque no permite avanzar con las velocidades que requieren las urgencias de cambio. En tal sentido, uno de los sinsentidos y despropósitos que nadie enfrenta es haber identificado al liberalismo con el humillante proceso por el cual el enriquecimiento de pocos generaría algún drenaje de sobrantes, para ser aprovechados por los más pobres. Porque el liberalismo conllevaría un cambio que no tiene que ver con ningún chorreo, sino con una comprometida y acelerada mejora en el bienestar de los que menos tienen a base de incorporarlos masivamente a una verdadera economía de mercado, no mercantilista y no excluyente. Esto ya se ha comprobado que funciona en muchos segmentos de desarrollo de capitalismo popular en América Latina. Quizás hay que buscar las evidencias para esta región, no tanto en Viena, Chicago o Londres como en algunas pequeñas comunidades de empresarios emergentes que hasta hace poco se les tachaba de informales y que hoy ya se insertaron en el capitalismo.

Entonces, ¿hay esperanzas para emprender esta nueva lucha con este recambio generacional y la nueva contracultura a la que asiste América Latina en esta segunda década del siglo XXI? Depende. La construcción política de una verdadera opción liberal sólo será posible mediante una docencia ciudadana que abarque tanto un frente académico como el frente de la política activa. Y es aquí donde la desidia de quienes no quieren dar la pelea, por un lado, y el facilismo y la torpeza de quienes creen que con posiciones excluyentes dentro de la doctrina, o de las organizaciones que se puedan conformar, van a construir un purismo intelectual “liberal”, conspiran contra esta construcción.

Construyendo el cambio radical

Se requiere un cambio radical. Para muchos, este cambio se está identificando con más Estado, más democracia directa con un ingrediente de militarismo. Así, la receta a lo Chávez podrá parecer novedosa en Venezuela y, por ello, considerada de vanguardia y “progresista” en otros países como Bolivia, Ecuador, Nicaragua y hasta Argentina. Sin embargo, en otros países es un refrito de una película ya vivida, como la que ya se probó en Perú con Velasco hace cuarenta años. Y disparó un fracasado modelo de subdesarrollo que se prolongó por décadas.

Ese pretendido cambio radical está, por tanto, destinado al fracaso. Y ahí debe aparecer la audacia de los liberales, para ofrecer alternativas serias, alejadas de la utopía, que implementen ese cambio. De hecho, ante la incapacidad de funcionar de los modelos neo-populistas o neo-socialistas, el otro tipo de cambio radical sólo puede provenir del liberalismo. Sin asustarse ni acomplejarse. Del auténtico, mas no del conservadurismo, del anarcocapitalismo ni del mercantilismo. Todo lo demás, desde el nacional-socialismo y la social-democracia hasta la democracia cristiana y las derechas en versiones alternas, son maquillaje al muerto, analgésico para la gangrena, bastón para la mutilación. No son el cambio sino la permanencia y perpetuación del statu quo.

El descontento de la población y las crecientes protestas son muestras del colapso de una manera de gobernar. Pero la comprobación de que en el subconsciente colectivo hay un germen creciente de ese ímpetu por hacer prevalecer derechos individuales, no es lo mismo ni implica necesariamente la construcción política de una opción liberal. Esta sólo puede lograrse mediante una docencia ciudadana que abarque tanto un frente académico como el frente de la política activa. Y es aquí donde la desidia, por un lado, y el facilismo de pretender consolidar un discurso presuntamente “químicamente puro”, por el otro,

conspiran contra esta construcción. Por no mencionar el denuedo y la manipulación proveniente de los socialismos criollos en cada país.

La consistencia del mensaje liberal tiene que fundamentarse en una propuesta que atraviese todo el espectro del desarrollo humano y que trascienda, por tanto, la visión economicista. A tal efecto es importante consolidar una propuesta que contemple el desarrollo de las libertades en su más amplio sentido, dejando en claro que el individuo está por encima de cualquier estructura de poder que limite su libertad, sea estatal o privada. Una propuesta a partir de la cual el individuo pueda comprender que va a comprometerse con su bienestar y el de los suyos, sin otro tipo de componendas o intereses que riñen con el bien común. Y, además, una propuesta que atraviese transversalmente el tejido social nacional, para que más peruanos la hagan suya. Si se le pretende algún futuro y alguna viabilidad, hay que construir un liberalismo al que hay que teñir de cobrizo y que debe hacerse brotar de los Andes, de las selvas y de los arenales. He ahí el reto.

Una propuesta liberal que recoja los principios originarios que animó a los reales fundadores del liberalismo y a sus más preclaros propulsores, debidamente calibrada y adecuada a la realidad de nuestro país, pero fundamentalmente generadora de desarrollo, es la única que tendrá posibilidad política de amalgamar voluntades y lograr que nuestros ciudadanos la acepten. Porque la libertad y el desarrollo son los bienes más preciados de los individuos. La democracia sólo tiene sentido de legitimidad cuando permite y promueve la libertad y genera políticas que mejoran el bienestar de las mayorías con respeto de las minorías. Esa libertad que John Locke, uno de los fundadores del liberalismo junto a Adam Smith, estableció como un derecho en el estado de naturaleza, que consignó en el vocablo inglés *property* y que engloba el derecho a la vida, el derecho a la seguridad, el derecho a las libertades individuales y el derecho a la propiedad.

La doctrina tiene que calibrarse a la realidad de cada país latinoamericano y trasuntar hacia lo realizable. Para ello podrían establecerse algunas líneas motrices que pueden ser elementos de cambio liberal en todos los países de América Latina, con sus peculiares adaptaciones: 1) el desarrollo masivo y acelerado de las infraestructuras productivas públicas incorporando fuerte inversión privada que permita construir una sólida base de competitividad; 2) la descentralización efectiva, responsable, eficiente y real de las decisiones de gobierno para limitar el poder de las burocracias centrales y fortalecer la presencia estatal donde en la actualidad no existe; 3) el impulso decidido al desarrollo empresarial pequeño y mediano para atacar agresivamente el desempleo, en congruencia con el hecho empírico de que los latinoamericanos, en la práctica, resultan más emprendedores que proletarios; 4) la revolución urgente del sistema educativo orientándolo hacia estándares de competitividad internacional para generar acervo de capital humano de sostenimiento del crecimiento futuro e independizarlo de la prédica marxista; 5) la reforma integral de la administración de justicia, que incluya el sistema de jurados que incorporen la participación de la ciudadanía y que establezca el andamiaje legal para impulsar las potencialidades productivas y el respeto a los derechos ciudadanos; y 6) la transformación integral del sistema electoral que preserve la calidad de los representantes y delimite claramente el ámbito de las decisiones democráticas, para preservarla y fortalecerla conforme a los ideales que la inspiraron en su concepción moderna original. La construcción de cada propuesta específica debería incluir otros elementos, como salud, seguridad, derechos humanos, desarrollo sostenible, diversidad cultural, etcétera, pero los aspectos antes mencionados deberían estar presentes en cualquier propuesta programática liberal si se apuesta a un desarrollo acelerado.

El desafío obliga a trabajar ahora sin prisa pero sin pausa, sin exclusiones y con el convencimiento firme de que sólo esto es probable siempre que los liberales aprendan a tender puentes de entendimiento, venzan los egos individuales de entre casa y destierren esa idea maniquea de que sólo unos pocos son iluminados de la historia y depositarios de

una tradición de pensamiento único, en una forma excluyente de ver la política por todos los partidos tradicionales. Después de todo, la política es lenguaje de los gestos, ciencia del equilibrio de la convivencia social y arte de lo posible. Y como decía Hayek, “la filosofía política es el arte de hacer políticamente posible lo que parece imposible”.³²

No ha de refugiarse el liberalismo latinoamericano en el cinismo contemplativo de un errado y pasivo “dejar hacer y dejar pasar” a la reproducción de la pobreza y al subdesarrollo. La lucha por la libertad no es un mirar sino un hacer. De no elegir este camino, con seriedad, responsabilidad y alejados de utopías, nunca podrá insertarse el liberalismo como alternativa política en las mentes de los latinoamericanos ni menos aún transformarse en posibilidad de gobierno efectivo.

Conjeturas finales: el referente es la libertad

Sólo existe la ciudadanía si existe la libertad. No puede haber ciudadanos que no sean libres, porque quién está sujeto a la voluntad de alguien, más allá del estado de derecho, es simplemente un habitante, jamás un ciudadano, pues no puede ejercer sus derechos a cabalidad. Libertad es hacer lo que cada quien juzgue como mejor según su entender individual, sobre la base del cumplimiento de reglas sociales aceptadas por un colectivo ciudadano, reglas que conforman el estado de derecho. Reglas que no pueden ser cambiadas a discreción y medida de quienes tienen el mandato ciudadano —de manejar el Estado en un momento dado y por tiempo determinado. La libertad requiere un rayado previo de la cancha, definir qué estamos jugando y construir las reglas, para que de ahí en más cada quien se ocupe de aprovechar sus oportunidades, beneficiarse de las acertadas decisiones que tome y responsabilizarse individualmente por las consecuencias de sus acciones.

La libertad es indivisible. La libertad económica y la libertad política son caras de la misma moneda. No puede existir una bajo la negación de la otra. Toda acción estatal que bloquee, entorpezca o impida la libertad económica, excediendo los límites de las reglas del juego, constituye un acto de coacción política también. Y toda acción estatal que violente los derechos individuales para constituir regímenes contrarios a la libertad política, no pueden generar libertad económica. A lo sumo pueden cobijar el mercantilismo y el privilegio económico, jamás la libertad económica.

El supuesto “fin de la historia”, después de la Revolución del 89, fue y es un ilusorio espejismo. La realidad política latinoamericana nos enfrenta aún a la elección de un tipo de sociedad, una definición entre las visiones colectivista y liberal como forma de conceptualizar el funcionamiento óptimo de la sociedad. Coloca a los latinoamericanos en la disyuntiva entre aceptar una sociedad en que el Estado tenga mayor presencia que no debe —y menos en lo que sí es su responsabilidad— o escoger el camino de la libertad, con respeto a mayorías y minorías, en una sociedad pluricultural pero sin privilegios para grupos de poder —sean de carácter empresarial, sindical o de cualquier otra índole— y con un Estado que esté donde debe estar.

Para los que apuestan por lo segundo, se convierte en condición clave y crítica el fortalecimiento de la ciudadanía, que sólo se logra bajo un sistema de libertad integral. Esta es la misión que los que creemos en las sociedades libres tenemos por delante: acciones para impulsar, fortalecer y desarrollar condiciones coadyuvantes para empoderar de ciudadanía a los individuos que conforman nuestras sociedades latinoamericanas.

A los habitantes de estas tierras se les enseñó por décadas que sólo hay un pensamiento latinoamericano, caracterizado por conceptos tales como marxismo, socialismo, indigenismo, anarcosindicalismo, estructuralismo, “dependentismo”, dominación, enajenación, entre otros, que constituyen el sincretismo del “pensamiento político latinoamericano correcto”. Lo “políticamente correcto” es el “pensamiento único”,

³² Hayek, Friedrich, *Los fundamentos de la libertad*, op. cit., pág. 156.

con el corolario de considerar a los que se desvían de ese “pensamiento único” como representantes de una suerte de fascismo intelectual, cuyos esfuerzos solamente asolapan los oscuros intereses de los privilegiados de la riqueza. Pero la realidad es que hay otra vía. No la tercera, que en realidad, es la de siempre, pero con otro envase. Sino la primera vía: el liberalismo clásico. Es así que el liberalismo del siglo XIX debe oponerse al socialismo del siglo XXI. Porque el pensamiento liberal que dio origen a la independencia vive presente en el liberalismo latinoamericano del siglo XXI, a pesar de los errores, los denuestos y los ataques. Porque la tarea de la lucha por la libertad está lejos de haber llegado al “fin de la historia”.

El desafío obliga a trabajar ahora sin prisa pero sin pausa, sin exclusiones y con el convencimiento firme de que sólo esto es probable siempre que aprendamos a tender puentes de entendimiento y desterremos esa idea de que sólo unos pocos son “propietarios” de la doctrina o depositarios del “santo grial” del verdadero liberalismo. Si hay que marcar la diferencia, el estilo también es importante. Y ese estilo tendrá que ser firme pero, a la vez, conciliador e inclusivo. Después de todo, la política es arte de lo posible, lenguaje de los gestos, ciencia del equilibrio de la convivencia social.

El mundo asiste hoy a una crisis política profunda en América Latina, que se está expresando con fiereza en Bolivia y Venezuela, y un poco menos explosiva, pero siempre potencialmente incendiaria, en Ecuador y Colombia. El Perú no está de ninguna manera al margen, a pesar de su aparente calma social. Y ya se vio lo está pasando en países como Argentina, Brasil, Chile e inclusive Uruguay, donde no existen rechazos categóricos ni deslindes notorios con el *chavismo* rampante e invasor. La gente pobre es empujada, en su desesperación y en su desesperanza, hacia liderazgos que reviven, insólita y peligrosamente, esperpentos políticos causantes de la actual crisis latinoamericana. No hay más tiempo para continuar con trayectorias erráticas, ni para trazar divisiones irrelevantes ni para hipotecarse al pasado, sino que se impone comprar futuro.

No debiera esperarse, sin embargo, el camino fácil. Las cosas no cambiarán por un descubrimiento espontáneo de la masa de ciudadanos que sostienen con sus votos – explícitos o implícitos – a los regímenes de la región. Sin embargo, precisamente por lo largo que se presenta el camino, es que se debe empezar lo más pronto posible. Aun los enfrentamientos que los liberales latinoamericanos han sostenido entre ellos y las diferencias que pudieran conservar hasta ahora, les debe servir para librar esta lucha. Con perspectiva, deben ver esas confrontaciones internas como la preparación necesaria para haber afilado las lanzas y poder confrontar al verdadero enemigo. No sobra nadie. Y nadie, por tanto, debe ser sujeto de exclusión ni ha de sentirse excluido.

América Latina está ante una nueva oportunidad, esta vez de hacer la diferencia y convertir los habituales e interesantes encuentros de intercambio académico en proyectos políticos concretos y efectivos, sostenidos en la consolidación de redes de cooperación, puentes de entendimiento y sinergias institucionales. Los liberales pueden decidirlo. Pueden decidir estar a la altura del desafío y situarse inclusive por encima de nuestros propios desacuerdos y nuestros propios individualismos mal entendidos. O decidir continuar siendo conservadores de su propia indolencia y levedad en el escenario político latinoamericano, acomodándose en la apatía, en la anomia o la anarquía y dejando que se sigan postergando las reales posibilidades de este continente a causa de las fracasadas políticas y con su anuencia cómplice. En otras palabras, seguir jugando el papel de víctimas, de incomprendidos de las masas, de los objetos del descrédito. Porque, la verdad sea dicha, ante este desafío político que se plantea en estas horas de la América Latina, los liberales ya no deben seguir sintiéndose víctimas. Si no hacen nada, se convertirán en cómplices.

Esto apunta a la construcción de una propuesta liberal que recoja los principios originarios que animó a los fundadores del liberalismo y a sus más preclaros propulsores, debidamente calibrada y adecuada a la realidad de cada país, pero fundamentalmente

generadora de desarrollo, es la única que tendrá posibilidad política de amalgamar voluntades y lograr que los latinoamericanos la acepten. Por supuesto, convocando la mayor cantidad de esfuerzos posibles, sin excesivas líneas de separación ni “liberales de primera” ni “liberales de segunda”, en un esfuerzo por integrar los principios de los fundadores del siglo XVIII, pasando por los nuevos aportes de sus sucesores, así como de los manifiestos, declaraciones y proclamas de la Internacional Liberal; sin exclusiones, la propuesta liberal tiene que aterrizar en proposiciones concretas que impacten en el desarrollo de los ciudadanos, de la manera más extensiva posible. Este aterrizaje es imprescindible para calibrar la doctrina a las realidades de cada país latinoamericano y trasuntar hacia un mensaje digerible, viable, creíble y realizable en líneas concretas de acción que empiecen por ser asumidos por los círculos académicos e intelectuales liberales. Y a partir de ella ser asimilados por los partidos liberales que se puedan formar.

En cualquier caso y bajo las modalidades que adopte esta relanzada participación liberal en la política latinoamericana de esta hora, la libertad se yergue como referente. Mas, no por esto en un referente contemplativo. No es viable un liberalismo que sólo busque la preservación de las libertades. Es necesario viabilizar la doctrina en tierras latinoamericanas con un liberalismo comprometido con el progreso, con la mejora de las condiciones de vida de los grandes grupos de desposeídos y con el enganche de nuestros países al desarrollo mundial para volvernos parte de los acreedores de la globalización, usufructuando sus beneficios como lo vienen haciendo otras regiones del orbe, que entendieron antes que nosotros que el camino de la dignidad es la ruta a las mejores condiciones de vida que surgen de las sociedades abiertas, con mercados libres, estados esbeltos, libertades integrales que trasciendan lo económico, estado de derecho y democracias liberales. Un camino que debe distar del camino de servidumbre que avizoró Hayek hace casi setenta años y que hoy, lamentablemente, sigue siendo la ruta elegida por algunos.

En una Latinoamérica donde los medios de comunicación prácticamente dictan la agenda política; donde el acto populista, el manejo antojadizo de los fondos fiscales y la sonrisita y la adulación al político de turno son moneda corriente; donde campea la corrupción como expresión cultural; en este escenario, dicha tarea es dura y el relativismo del “todo vale” suele confundir. Pero con miras a la próxima década, que se ha de construir desde ahora, esta tarea ya presenta una pista por donde empezar: si se quiere ciudadanos de verdad, el referente sigue siendo la libertad. La construcción de la sociedad de ciudadanos exige que todo lo demás haya de alinearse a este referente.

Constituye entonces un deber de los liberales latinoamericanos de esta generación, consolidar propuestas viables que trasunten la academia y entren a la lucha política concreta, que amalgamen voluntades diversas y construyan puentes de entendimiento entre los mismos liberales y con aquellos que, aun sin compartir totalmente la doctrina, sí pueden trabajar en conjunto sobre bases programáticas serias. Sin arrogancias y con gran capacidad de empatía para construir plataformas que hagan factible ganar elecciones y enfilarse a América Latina, no sobre las alamedas tortuosas de Salvador Allende sino en las autopistas del progreso sostenido y acelerado que han transitado muchas sociedades del mundo. Una gran meta puede estar hacia el final de la próxima década, cuando se conmemore el bicentenario de la independencia latinoamericana, conquista liberal por cierto.

Responder a este desafío de erradicar la pobreza y mejorar sustancialmente las condiciones de vida de los países de América Latina sería la mejor manera de cumplir el deber de mantener el ideal liberal de los fundadores de las repúblicas latinoamericanas que legaron en el siglo XIX. Legado que hoy, en el siglo XXI, debe convertirse en la responsabilidad histórica de la construcción de un nuevo liberalismo latinoamericano, precisamente para poder conservar a esas repúblicas como repúblicas viables.